



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## INTRODUCCION

En algunas historias reaccionarias, se dice de la batalla del 5 de mayo de 1862 lo que sigue:

El desprecio de la generalidad de los jefes franceses á los consejos de los mejicanos conocedores de su país, ha sido causa de muchos contratiempos durante la campaña: fue el primero el de Puebla, de cuya ciudad no debió haberse ocupado el general Lorencez, sino, como se lo aconsejaban los mejicanos, haber marchado sobre la capital, en donde habría entrado sin resistencia, evitando por este medio el derramamiento de sangre, la pérdida de tiempo y los sacrificios posteriores.

El cinco de mayo atacaron á Puebla las tropas del general Lorencez, *con arreglo al arte de la guerra*, como decían los jefes franceses, por el cerro de Guadalupe, que era el más alto: fueron rechazados con grandes pérdidas. Después de este revés se retiraron los franceses al cerro de Amalucan, en donde permanecieron hasta el ocho, que se pusieron en marcha para Orizaba.”<sup>202</sup>

Y otro autor:

“...Peritos militares imparciales han explicado cómo la victoria fue de Lorencez, ya que Zaragoza pudo hacerlo pedazos si sale de sus parapetos y lo ataca durante la retirada. Pero lo grave para la seriedad de nuestro patriotismo está en la exageración que falsea la verdad, a fin de convertir en hechos marciales gloriosos, sucesos que, en buena táctica militar, no merecen sino censuras. Con lo que se sienta un

<sup>202</sup> F. P. Arrangoiz Ob. cit., tomo 3o., pp. 71-2.

precedente desastroso para la conducta de nuestro ejército y se nos pone en ridículo ante la opinión extranjera. Además, si se observa con una poca de atención, se advierte que, la selección de los hechos a que dan lugar a la mayor parte de nuestras fiestas patrias, es también obra de la sutil propaganda poinsettista que inicia nuestra epopeya nacional con Hidalgo y Morelos, que mataban españoles, y la continúa con Zaragoza que mató franceses, es decir, latinos. En cambio, nunca menciona los pocos hechos de armas verdaderamente gloriosos del continente, que son aquellos en que la sangre hispanoindígena se ha derramado para defender la herencia del imperio español americano, en contra del anglosajonismo desbordado.

“En todo caso, conviene observar que así fuese una gran proeza militar la del 5 de mayo, no vale su continuada rememoración el disgusto que puede causar, no a Francia, que no se ocupa de tales minucias, pero sí a nuestros amigos y hermanos de la colonia francesa de México. . . ”<sup>203</sup>

No son tardías reflexiones sino recuento de aquellos episodios. Verdadera tradición oral y escrita del desprecio de México, aunque no comparables, ni con mucho, al pensamiento conservador de los días de la Intervención. Sería Tirso Rafael Córdoba —latinista, poeta menor, académico y sacerdote—<sup>204</sup> quien dejara el testimonio de cómo juzgaban los reaccionarios la batalla del 5 de mayo y la defensa de Puebla, en 1863. Del primer hecho de armas, Tirso Rafael Córdoba hizo un breve apunte; del sitio, un Diario. Ningún episodio pareció escapársele: consta en sus páginas que husmeaba en torno de los parapetos, paraba el oído por los disparos franceses, se allegaba datos, informes, planos y manifiestos; estaba alerta de lo que ocurría afuera de las defensas nacionales y saltaba jubiloso ante los triunfos de los zuavos o los cazadores de Argelia. Cuenta aquella

<sup>203</sup> José Vasconcelos. *Breve historia de México*. Ed. Botas. México, 1950, pp. 358-9.

<sup>204</sup> Tirso Rafael Córdoba (Zinapécuaro, Michoacán, 28-I-1838-Puebla, 13-XII-1889). Véase la biografía de Córdoba, por Alberto Ma. Carreño, en el tomo VII de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*. México, 1945, pp. 172-3 y en tomo VIII, pp. 74-5, la bibliografía.

historia al revés: donde había honor, pone deshonra; donde valor, cobardía; donde arrojo, desprecio por la vida; califica la lealtad de perfidia y el patriotismo de traición; exalta lo aborrecible y ve, en sueños, flotar la bandera de Francia en lugar del pabellón nacional. Estos síntomas de locura, de obsesión irracional, de odio meditado, surgían de la conciencia de un joven de 24 años. ¿Cómo pudo darse una mentalidad como la de Tirso Rafael Córdoba? La respuesta habría que intentarla examinando la educación antinacional que ya recibían los jóvenes en 1863, en el desprecio a su país en cuanto democracia, en la oposición a las instituciones de la República, en cuanto republicanas; en una educación basada en lecciones raciales, en delirios imperiales y depósitos tardíos de latinidad; de una conciencia oscurecida por el *Syllabus*.

En su *Episodios Nacionales*,<sup>265</sup> Salado y Alvarez describió lo que había de "historia chiquita" en el espíritu de un joven que se enfrenta al dilema de defender a su patria, pensando si el gobierno no es la representación del Mal; tal historia, semejante a la del "evangelio chiquito", en que los abuelos educaban hombres al revés de la moral y la dignidad, es la que expone en su libro, sin embozo alguno, Tirso Rafael Córdoba.

La política de conciliación del porfiriato haría respetable a Tirso Rafael Córdoba, echando al olvido su verdadera obra y teniendo, como merecedoras de atención, sus apóstilas al *Lavalle mexicano*, sus *Prenociones de Derecho eclesiástico privado*, 1889, su *Historia elemental de México*, 1881, o sus *Cartas a Fausto*, *Escritas desde un pueblo de la Sierra Norte de Puebla*, 1871 - publicadas por entregas en *La Voz de México*, como refutación al programa de educación popular de Ignacio Manuel Altamirano. Pero las obras citadas no pudieron borrar lo que fue, en realidad, Tirso Rafael Córdoba. Nadie vive a contrapelo de sí mismo.

<sup>265</sup> Victoriano Salado Alvarez, *Episodios nacionales*. Puebla. Tomo VIII, Colección Málaga, México, 1945.